



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 26 de abril de 2000

La gloria de la Trinidad en la Transfiguración

1. En esta octava de Pascua, considerada como un único gran día, la liturgia repite sin cesar el anuncio de la resurrección: "¡Verdaderamente Jesús ha resucitado!". Este anuncio abre un horizonte nuevo a la humanidad entera. En la Resurrección se hace realidad lo que en la Transfiguración del monte Tabor se vislumbraba misteriosamente. Entonces el Salvador reveló a Pedro, Santiago y Juan el prodigio de gloria y de luz confirmado por la voz del Padre: "Este es mi Hijo predilecto" (Mc 9, 7).

En la fiesta de Pascua estas palabras se nos presentan en su plenitud de verdad. El Hijo predilecto del Padre, Cristo crucificado y muerto, ha resucitado por nosotros. A su luz, los creyentes vemos la luz y, "exaltados por el Espíritu –como afirma la liturgia de la Iglesia de Oriente–, cantamos a la Trinidad consustancial a lo largo de todos los siglos" (*Grandes Vísperas de la Transfiguración de Cristo*). Con el corazón rebosante de alegría pascual subamos hoy espiritualmente al monte santo, que domina la llanura de Galilea, para contemplar el acontecimiento que allí se realiza, anticipando los sucesos pascales.

2. Cristo es el centro de la Transfiguración. Hacia él convergen dos testigos de la primera Alianza: Moisés, mediador de la Ley, y Elías, profeta del Dios vivo. La divinidad de Cristo, proclamada por la voz del Padre, también se manifiesta mediante los símbolos que san Marcos traza con sus rasgos pintorescos. La luz y la blancura son símbolos que representan la eternidad y la trascendencia: "Sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como no los puede blanquear lavandera sobre la tierra" (Mc 9, 3). Asimismo, la nube es signo de la presencia de Dios en el camino del Éxodo de Israel y en la tienda de la Alianza (cf. Ex 13, 21-22; 14, 19. 24; 40,

34. 38).

Canta también la liturgia oriental, en el Matutino de la Transfiguración: "Luz inmutable de la luz del Padre, oh Verbo, con tu brillante luz hoy hemos visto en el Tabor la luz que es el Padre y la luz que es el Espíritu, luz que ilumina a toda criatura".

3. Este texto litúrgico subraya la dimensión trinitaria de la transfiguración de Cristo en el monte, pues es explícita la presencia del Padre con su voz reveladora. La tradición cristiana vislumbra implícitamente también la presencia del Espíritu Santo, teniendo en cuenta el evento paralelo del bautismo en el Jordán, donde el Espíritu descendió sobre Cristo en forma de paloma (cf. *Mc* 1, 10). De hecho, el mandato del Padre: "Escuchadlo" (*Mc* 9, 7) presupone que Jesús está lleno de Espíritu Santo, de forma que sus palabras son "espíritu y vida" (*Jn* 6, 63; cf. 3, 34-35).

Por consiguiente, podemos subir al monte para detenernos a contemplar y sumergirnos en el misterio de luz de Dios. El Tabor representa a todos los montes que nos llevan a Dios, según una imagen muy frecuente en los místicos. Otro texto de la Iglesia de Oriente nos invita a esta ascensión hacia las alturas y hacia la luz: "Venid, pueblos, seguidme. Subamos a la montaña santa y celestial; detengámonos espiritualmente en la ciudad del Dios vivo y contemplemos en espíritu la divinidad del Padre y del Espíritu que resplandece en el Hijo unigénito" (tropario, conclusión del *Canon de san Juan Damasceno*).

4. En la Transfiguración no sólo contemplamos el misterio de Dios, pasando de luz a luz (cf. *Sal* 36, 10), sino que también se nos invita a escuchar la palabra divina que se nos dirige. Por encima de la palabra de la Ley en Moisés y de la profecía en Elías, resuena la palabra del Padre que remite a la del Hijo, como acabo de recordar. Al presentar al "Hijo predilecto", el Padre añade la invitación a escucharlo (cf. *Mc* 9, 7).

La segunda carta de san Pedro, cuando comenta la escena de la Transfiguración, pone fuertemente de relieve la voz divina. Jesucristo "recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la sublime gloria le dirigió esta voz: "Este es mi Hijo predilecto, en quien me complazco". Nosotros mismos escuchamos esta voz, venida del cielo, estando con él en el monte santo. Y así se nos hace más firme la palabra de los profetas, a la cual hacéis bien en prestar atención, como a lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana" (*2 P* 1, 17-19).

5. Visión y escucha, contemplación y obediencia son, por consiguiente, los caminos que nos llevan al monte santo en el que la Trinidad se revela en la gloria del Hijo. «La Transfiguración nos concede una visión anticipada de la gloriosa venida de Cristo "el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo" (*Flp* 3, 21). Pero nos recuerda también que "es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios" (*Hch* 14,

22)» (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 556).

La liturgia de la Transfiguración, como sugiere la espiritualidad de la Iglesia de Oriente, presenta en los apóstoles Pedro, Santiago y Juan una "tríada" humana que contempla la Trinidad divina. Como los tres jóvenes del horno de fuego ardiente del libro de Daniel (cf. *Dn* 3, 51-90), la liturgia "bendice a Dios Padre creador, canta al Verbo que bajó en su ayuda y cambia el fuego en rocío, y exalta al Espíritu que da a todos la vida por los siglos" (*Matutino de la fiesta de la Transfiguración*).

También nosotros oremos ahora al Cristo transfigurado con las palabras del *Canon de san Juan Damasceno*: "Me has seducido con el deseo de ti, oh Cristo, y me has transformado con tu divino amor. Quema mis pecados con el fuego inmaterial y dignate colmarme de tu dulzura, para que, lleno de alegría, exalte tus manifestaciones".

Saludos

Saludo con afecto a los peregrinos de lengua española, especialmente a la Asociación de jubilados y pensionistas de Sueca (Valencia), así como al numeroso grupo de la diócesis de Sigüenza-Guadalajara, y a los fieles de las distintas parroquias y alumnos de diversos colegios aquí presentes. A todos os deseo que viváis con plenitud el misterio pascual de Cristo, fuente de verdadera alegría y serenidad espiritual.

(A los eslovenos)

Que la visita jubilar a la ciudad eterna sea un momento significativo en vuestra vida. Pasaréis la puerta santa. Esto será la profesión de fe en Jesucristo resucitado, que os da la gracia con los sacramentos de la reconciliación y de la Eucaristía y os lleva a la vida nueva. Sed testigos del amor de Cristo.

(A los croatas)

El Señor resucitado, vencedor de la muerte y del pecado, ha abierto a los hombres y a las mujeres de todos los tiempos el camino de la salvación y ha inundado la historia de la luz, de la paz y de la alegría de su Pascua. Este es el don del amor misericordioso y victorioso de Dios, ofrecido a la humanidad.

(A los lituanos)

Os deseo a vosotros, que habéis venido a la sede de Pedro para gozar de la resurrección del Señor, que el Espíritu de Dios abra cada vez más vuestro corazón a la verdad del camino cristiano y a la valentía que él nos da para seguirlo.

(En italiano)

A vosotros, y a todos vuestros coetáneos aquí presentes, os deseo que viváis plenamente el

mensaje pascual. Sed siempre fieles a vuestro bautismo y testigos gozosos de Cristo muerto y resucitado por nosotros.

Unas palabras afectuosas a vosotros, queridos *enfermos*, mientras os exhorto a mirar constantemente a aquel que ha vencido la muerte y que nos ayuda a acoger los sufrimientos como preciosa ocasión de redención y de salvación. Por último, os invito a vosotros, queridos *recién casados*, a pensar y vivir la experiencia familiar cotidiana con la mirada puesta en las cosas de arriba, donde está Cristo, que en la Pascua se ha inmolado por nosotros.